

IV Domingo de Cuaresma, Ciclo C. «Lætare»

Corazón en fiesta

La vida cristiana parte de una conversión radical. Dejar nuestro propio camino, salir de nosotros/as mismos/as, darse la vuelta hacia el otro, la otra, hacia Dios. No es un camino corto, ni fácil. Nunca nos convertimos del todo. Siempre hay que comenzar de nuevo. Es tarea pendiente en nuestras vidas. Podríamos hablar de la conversión de cada día.

La conversión es una fiesta. Es el sacramento de la alegría. La parábola de Lucas llamada del hijo pródigo, o también del Padre Pródigo, es celebración, es encuentro, es fiesta. La alegría es el buen tiempo del corazón. Tanto el Padre como el hijo se han vuelto al lugar de la alegría. El Padre es alegría, es su ser, su identidad, el hijo la recobra, mejor, la estrena.

El hijo mayor no ha podido alegrarse. Es que no ha podido convertirse. Constitutivamente incapaz de conversión, no ha amado, no ama, vive encerrado en su ley, sin movimiento, sin iniciativas, sin espontaneidad alguna, rígido hasta la idiotez. Su corazón no conoce la fiesta, la vida, es un burócrata de la virtud. Vive sólo para dar cuenta de bueyes y cabras.

Esta conversión se identifica con una novedad que tiene nombre propio: **Cristo**. Pablo estalla de gozo al decirlo: "*Quien es de Cristo es criatura nueva, lo pasado quedó atrás*". Es novedad para proclamar, compartir, celebrar. Esto hace de nuestra vida un corazón en fiesta. Corrijo, un corazón de fiesta. La fiesta de Dios, fiesta eterna por nuestra conversión.

Cochabamba 14.03.10

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com